

La BUENA NOTICIA de la POBREZA de la GRACIA

Señor Jesús,
qué admirable fue tu bajada, que asombrosa tu cercanía, qué íntima tu intimidad.
Bajaste en un exceso de amor desde más arriba de los grandes,
hasta más debajo de los pequeños.

Tú eres el Hijo amado del Padre,
el resplandor de su gloria, la marca de su ser.
El Padre lo hizo todo a través de tus manos con el aliento del Espíritu.
Pero nos amaba en Ti; casi nos atreveríamos a decir que nos amaba más que a Ti.
Para nosotros, te envió a Ti. Por nosotros, te entregó a Ti.
Te presentaste en la noche como un peregrino desconocido y pobre.
Ibas oculto en las entrañas de la sencilla Mujer.
Saludaste con cariño a los grandes, al emperador y al gobernador,
al aristócrata, al sacerdote y al letrado.
Les saludaste con una sonrisa, pero les dejaste atrás
Bajaste más abajo.
No te vieron. No podían verte. Eras más pequeño que su mirada.
Y fuiste bajando más abajo.
Atravesaste el casco urbano de la ciudad donde estaban las gentes
que acababan de situarse. Y enseguida atravesaste también los barrios,
donde los emigrantes asalariados apuntalaban su ciudadanía.
Les saludaste con una sonrisa y les dejaste también atrás.
Y te fuiste al campo, a las gentes de la intemperie,
que habían decorado su despojo imaginándose
que vivían mejor que nunca en los agujeros de las peñas.
Les sonreíste con las entrañas. Pero tampoco ellos te recibieron.
¿Es que pensabas hospedarte en su casa o tenías el propósito de bajar más atrás?
De hecho no te vieron. No podían verte. Eras más pequeño que su mirada.

La pobre Mujer se fue a los agujeros de las peñas, que quedaban más abajo.
Abrió sus manos limpias y encallecidas.
Tú habías querido que fueran la cuna y el pañal.
Y allí apareció la Pobreza. Sólo en aquellas manos pequeñas se podía expresar tu
pequeñez. Sólo en aquellas manos abiertas se podía dar tu ternura.
Y allí apareció tu Pobreza, la tuya, la Pobreza, la Pobreza última, la liberadora
Pobreza.
La Pobreza que es la pura gratuidad, la desnuda gracia, la ancha gracia, la
desmedida gracia. El sólo darse, el darse desde el ser, el darse por entero, el darse
en la pequeñez, el darse en el rechazo, el darse en la ofrenda, el darse en la locura.

Una voz en la sombría noche tuvo que ahondar los ojos de los Pobres
¡Ha aparecido la gracia! Ha aparecido la ternura. Ha aparecido la gloria.
El Señor en el Pesebre. La gloria en la bajeza, decía la voz.
El chaval de la pobre Mujer, envuelto en pañales.
El rocío más alto del cielo, que había hecho germinar la raíz más honda de la tierra.

La Buena Noticia convocó primero a los pobres, a los que eran pobres dos veces, por estar explotados y por estar cerrados al amor. Al oírlos tuvieron que bajar más debajo de su pobreza. Pasar de la pobreza de la explotada pequeñez a la Pobreza gratuita de la gracia. Pero la Buena Noticia convocó también a los grandes, a los pobres ricos, que se habían empobrecido explotando. Ellos tuvieron que abandonar su empobrecida riqueza, podrida como estaba, y bajar hasta donde estaban los pobres y bajar todavía más, hasta donde estaba la Pobreza en persona. Así se vieron seducidos a pasar de la pobreza de su grandeza opresora a la gratuita Pobreza de la gracia.

Entonces la tierra sombría y el cielo cubierto, dominados por la bota que pisa con estrépito y convertidos en una túnica empapada en sangre, empezaron a ver los levantes de la aurora. Jesús, el Señor, el Pobre, inauguró una fraternidad nueva, que con la fuerza poderosa de la gratuidad puso a los últimos donde estaban los primeros, pero despojó del trono a los poderosos y ensalzó a los pobres, que colmó de bienes a los hambrientos y despidió vacíos a los ricos. A unos y otros los liberó la Gracia de la Pobreza. A todos, que eran ricos, unos en las manos y en el corazón, otros sólo en las entrañas. A todos, que eran pobres, unos en la esclavitud de ser explotadores y otros por la esclavitud de ser explotados. La Pobreza, que es Gracia, la desnuda ternura, la pura gratuidad inició para siempre la mesa compartida. La Navidad, comienzo de la Pascua, hacía germinar las primicias del Reino.

Señor, líbranos a nosotros, tus pequeños hermanos, de la tentación de instalarnos en este mundo, no permitas que lo legitimemos con tu nombre. Arrástranos a las partes más bajas de la tierra para que desde los más pequeños anunciemos la ternura de tu Pobreza y la hagamos presente. Mira, Señor, que no podemos ya por más tiempo decorar con la Navidad la sociedad del capital y del consumo, que intenta disimular con el bienestar la sangre derramada de tus pobres. Mira que la noche va ya muy avanzada y resuenan más fuertes los gemidos de la creación entera que suspiran por los nuevos cielos y la tierra nueva, que Tú nos alientas a trabajar y que luego acabarás regalándonos. Alumbra los ojos de nuestro corazón para alcanzar a comprender que la comunión sin la encarnación podría ser una ingenuidad o una traición.

Señor, que tu Iglesia, arrastrada por el Espíritu, ponga tu mesa entre los pobres, más abajo de los pobres, en la extrema pobreza de la gratuidad. Mira que los hombres esperan tu mesa común y tu mesa compartida. Todos, de Oriente a Occidente, de Norte a Sur. Que tu Iglesia, Señor, se haga pequeña y humilde, pobre y gratuita, valiente y veraz, la Iglesia pobre de los pobres, para poder ser la universal fraternidad de todos los hombres, la señal levantada sobre todas las naciones. La Iglesia en tiendas de campaña, al lado de la tuya, donde Tú te despojaste y te vaciaste para compartir, servir y luchar. Entonces la historia entera caminará a su luz y todos los pueblos, al resplandor de su aurora, que es tan sólo la claridad de tu presencia. Señor, que te conmueva nuestra pobreza. Atráenos. Correremos. Marana tha. Ven. No tardes ya.

Marcelino Legido